

sólo brujulear y no conocer bastantemente nunca. Movióme la curiosidad, sobre el cuidado que llevaba de hallar á quien iba buscando mi diligencia, á procurar saber quién era, para que sus noticias me hiciesen menos ignorante; y poniendo en él los ojos, hecho yo un Argos de atención, me pareció que aquel hombre era algo más que hombre, aunque no podía verle más que la mitad de su estatura, porque con la otra andaba jugando al escondite, y juzgándole divino, discurrí que sería el señor don Pedro Joseph Bermúdez; pero luego dudé de esta verdad, cuando sospeché, y con no menor razón, que era el licenciado don Miguel Cascante, tan parecido en todo como lo manifiestan sus obras, que son los atributos, que equivocándoles les distinguen gloriosamente, ya en lo cómico, ya en lo poético, humanada la deidad de entrambos, y ya en lo sacro divinizando sus aciertos. Batallando yo, pues, en esta pelea, en que tan dudosa quedaba la victoria de la averiguación, se me ofreció para el examen llamar á mí (y á un nuestro Diego Rodriguez) que es un familiar, y habiendo comparecido como me lo ofreció, en fuerza del conjuro pactado entre los dos de que me ha de asistir en cuantos lances se me ofrezcan de destreza, parte de la magia negra de milicia, aunque haya muertes de hombres, de caballería, aunque nos prueben las corazas, de comedias, aunque nos encorralen, de catres y colchones, aunque nos desplumen, de estatuas y aunque nos pesquen el bulto de pinturas, aunque se nos aparezcan sombras, y le dije:—Hombre, tú que conoces las uvas del majuelo del Parnaso de Lima, y que con una patada que dé tu caballo Pegaso á Babieca en su plaza, brotará otra fuente de noticias mayor que la Helicon de aquel monte, dime, por vida tuya ó la de otro cualquiera, venga ó novenga al cuento, quién es este ingenio que, puesto en lo más elevado de aquella torre, no se permite al conocimiento vulgar de mis inútiles indagaciones sino sólo á la reflexión de que mirándonos tan de alto abajo se ostenta superior, sin reconocer otro alguno que se le parezca, sino aquel á quien sus mismos pinceles, ó borrando ó añadiendo, quieren que le iguale. Respondióme oficioso diciendo: espérese Vm. que sacaré mis anteojos de graduación, y luego descifraremos este encubierto retoque de Clio. Pusóselos en la nariz, que aún no tenía hecha, y elevando el gesto hasta descubrir protuberante la nuez que era corcoba de su cuello, la cabeza levantada á manera de reparo, dijo: Tututú! y bien hayan mis gafas!—Qué hay, pues?, le dije, y respondióme:—Qué ha de haber! Ahí que no es nada! ser el señor don Pedro Joseph Bermúdez, solo, solito, el que Vm. no conocía.—Hombre, qué dices? Don Joseph, el del otro día?—No, sino huevos, el de hoy, el de ayer y el de mañana, fresco en todos tiempos.—Cierto, le dije, que le tuve en la punta de la lengua por parecérmelo así; pero lo parecido á don Miguel Cascante, me lo hizo dudar.—Parecido el otro, replicó, á Cascante? Ni por pienso, porque este le excede.

á Bermúdez en tercio y cuarto; pero, como esto no es por ahora del caso, mírele Vm. y desengáñese de que él es, viéndole que tiene entre sus manos aquellos cinco papeles que está leyendo con tanta aplicación.—Díjele entonces: Hombre, ántes esos me le hacen desconocer, porque yo juzgo que son otras tantas cédulas de devotos encargos que tiene prevenidas para los predicadores.—No señor, me dijo Rodriguez, no son sino papeles de las poesías que ha escrito sobre los asuntos que le dieron en las cinco primeras Academias pasadas, y atiende que ya los lee en alta voz, porque en sus versos no hay voz baja.—Ea, oídos míos, dije, bermudead un poquito: oid y escuchad, que en casa de tan gran maestro sin duda que habrá mucho paño que cortar.

Empezó, pues, á leer la primera cédula, que era un soneto con pies forzados, de la primera Academia en que fué asunto alabar la Música de aquella noche, y para cumplir con él reparé que en el último verso del segundo terceto decía, hablando de Apolo, que él quedó más alto que un montado ecuestre. Volvíme á Rodriguez, y díjele:—ya he salido de un grande cuidado oyendo que hay ecuestre que se individualiza de montado, lo cual es seña que no todos los son, y podrá con eso satisfacerse mi curiosidad cuando

desde niño desée,
y antes sí pudo ser antes,
ver á un médico sin guantes
y á un montado ecuestre á pie.

Pasó luego á leer la glosa del asunto de la segunda Academia, y oí que en la sexta quintilla (que este armonioso poeta, por serlo en todos números, no quiso dejar la suave consonancia de la sexta y quinta) decía, hablando del enamorado y quejoso pastor, de su pastora que

volvió á verla ciego y loco.

y luego dije:—Alto! desde ahora creo que hablará don Ramón Tamarit. Díjome Rodriguez:—Ah! señor, pues ¿qué tiene que ver lo silencioso de Tamarit con el pastor que volvió á ver, ciego y loco, á su pastora?—Mucho tiene que ver, le repliqué, porque

Es Bermúdez milagroso
y de su poder no dudo
que, si hace ver á los ciegos,
también hará hablar á mudos.

—Milagro, milagro, gritó mi familiar Rodriguez: tenga Vm., no se alborote, tenga paciencia y sufra, que ahora va á leer nuestro Bermúdez el romance de la tercer Academia consecutiva, en que da vejamen á Narciso por haberse enamorado de su imagen.

Oigamos, pues, callandito, dijo él. Luego leyó el primer verso que decía de esta suerte:

desbaratado zagal...

—Milagro, milagro, repitió otra vez el piadoso Rodríguez.— Quítese allá de fácil y crédulo, le dije. ¿En qué consiste la admiración? Dígamelo por vida suya.—No quiere Vm. que me admire oyendo lo que Bermúdez dice, al primer tapón de su romance, pues que le admira diga él no poder creer esto que vé, oyendo decir á Bermúdez en su romance «desbaratado zagal», porque

¿quién creyera de Bermúdez
que, al escribir un romance,
cuando tan diestro compone
ya al empezar disparata?

—Tente, hombre, le dije, que este fué un *alicuando* de Homero, que no solo han de pujar en los felices partos de su ingenio, los Virgilio, los Ovidios y los Horacios, aunque ahora le comadrea una ballena en el asunto de la cuarta Academia que, en romance, mandó se expresaren cuatro motivos de los que pudo tener tanta hermosura de Lima para ir á verla varada y muerta en la playa de los Chorrillos; y así escucha, y oirás desempeñado todo su acierto y recobradas todas las prendas poéticas y cortesanas del autor en sus coplas.—Bien está, dijo Rodríguez. Y al mismo instante oímos, en una décima, que decía que aquellas deidades iban á buscar el aceite de ella para que ardiese en sus altares. Pareciónos á los dos concepto de alcuza y muy impropio también para tan superiores beldades, como las que fueron con esta curiosidad á dejarse admirar y venerar de todos, y dijimos los dos probando á Calderón, en la comedia de *Eco y Narciso*, que era inútil esa diligencia y motivo que las supone;

pues de Amor en el templo,
por culto á sus altares,
de aceite de ballena
pocas lámparas arden.

Prosiguió, no obstante, Bermúdez con su tema y en el de la Academia quinta, que fué darle por asunto retratar las perfecciones de una hermosura, atribuyendo á cada una de ellas una piedra preciosa que la explicase, y leyendo el romance que escribió, no más que por cumplimentar, reparé yo que en la tercera decía:

De su ingenio el diamante es semejanza.

Parecióme muy duro el concepto, y ageno también de la cantera de su afilizada cortesanía, no dudando tampoco que la ten-

dría por muy discreta y prudente á la hermosura que pintó, y así se lo censuré en esta copla:

que su ingenio de diamante
sea, es hacerle un agravio;
pues la moteja de loca
dándola lucidos caseos.

EUTERPE Y EL MARQUÉS DE BRENES

Habiendo empezado así á cumplir con parte de mi encargo y conocido el gustillo que trae consigo el murmurar un poquito, pasé al nicho que se seguía después del de Clio, en el cual admiré á la elocuente, graciosa y moral Euterpe, sentada debajo de un frondoso árbol que servía de dosel á su hermosura; cuya cabeza coronaba una guirnalda de entretrejidas rosas, ceñido el cuerpo de una preciosa cadena de encendidos rubíes con una armoniosa archilana, que tenía en su mano derecha, asegurada sobre una almohada de ceñidas plumas, y en la izquierda que, con airoso garbo de su brazo, retorció como arco de cinco flechas de cristal, diferentes y delicados instrumentos que, con el alma que les difundía la respiración de su voz suave, los hacía mejorados Orfeos del oído, á cuyos pies servían de tapetes, diversas flores de un jardín ameno, fragante vecino de su beldad, y de circunstancias otras muchas canoras ninfas, y algunos sencillos pastores, que con arpas, guitarras y violines los unos, y sonoras flautas los otros, componían á la representación aquel Elíseo espacio de cielo, palacio y prado á un mismo tiempo, dejándose leer de los ojos (después de haberse suspendido la admiración) en una lámina de oro que pendía de una lucida araña de cristal estas dos redondillas, que escribe sobre no menos inferior papel la pluma del cisne más bien templado, ya nombrado antecedentemente, Quevedo.

Toda pasión amorosa,
aunque es pasión, entretiene;
mas no dura si no tiene
mucho de gayta golosa.
Su ejercicio es argumento,
y sencillo, de buen aire,
canto de amor, con donaire
unidos gusto y tormento.

Viéndome Diego Rodríguez tan absorto y embelesado en este asunto de la posteridad.—Ah! señor mío, ¿qué hace Vm. (me dijo) allí tan embobado mirando esa estatua de Euterpe? Vuelva

Vm. y vamos á lo que somos venidos. Y viéndole que se retardaba, en estos términos le dije:

No puede olvidar lo diestro
que es Rodríguez en la esgrima;
pues aún ahora el llamarme
reduce á una ida y venida.

Concluyóme su razón, después de haberme atajado en la que tenía de estar suspenso y aun cansado de tanta fatiga antecedente, y sacando fuerzas de flaqueza le dije, con una voz ya cobrada:—Vamos, pues, y dígame Vm. qué microcosmos es aquel que parece que se esconde á cada cortesía é inclinación reverente que hace á Euterpe. Respondióme—el que Vm. ve que va y que viene hacia ella, y Vm. nombró microcosmos, antes es un mundo pequeño y abreviado de todo cuanto hay grande, noble y docto en este valle de miserias, y sepa Vm. también que cuando se despide, ó llega, ó remite tantas cortesías como Vm. ve ahora que está haciendo

aunque se inclina y saluda
una y otra y otra vez,
no se esconde, porque solo
puedo saber que es marqués.

—Válgame Euterpe! le dije, ¿si sería éste el de Brenes? Aunque me lo hace dudar el ver que haya madrugado tanto.—Si Vm. quiere averiguarlo, me dijo Rodríguez, lléguese más y satisfágase. Respondíle:—Deme Vm. no obstante ese microscopio que anda olvidado entre los dijes de tanta Ninfa; porque sin él no creo será fácil distinguirlo. Hízolo así, y luego que me puse á observarle muy de propósito, y no solo por antojo, no dí en él. Llegóseme Rodríguez, y con alguna impaciencia me dijo:—¿es posible que Vm. gaste tanto tiempo en una cosa tan corta? Aplique Vm. conmigo otra vez el microscopio y verá que aquel hombre que, ahora, como antes y aún siempre, está hablando al oído de Euterpe en secreto (de la misma suerte que lo hace con todos, y solo con la diferencia que á unos es por la parte del derecho y á otros por la del izquierdo) le es muy conocido.

—Así será, le respondí; pero todavía no caigo en él.—Pues véale Vm. con los ojos del alma, si no pudiere con los del cuerpo, que también él habla con el corazón cuando no puede con la boca, y dígame cómo le ve. Respondíle: con un vestido bordado, aseado y rico, con chupa de rico tisú de oro, sin seña ninguna de tabaco, con la barba hecha y el capote también, con camisa de puños y pechuguera, y corbata blanca y almidonada de nuevo; y en fin, todo él hecho un Adonis.—Pues, señor mío, me dijo: este es el señor marqués de Brenes, limpio de polvo y paja, á quien

Vm. buscaba y no conocía. Respondíle entonces que era verdad: pero que las mismas señas que en él había observado me le habían hecho desconocer y embarazádome que sacase el hilo por el ovillo, no obstante tenerle tan tratado;

porque yo al marqués de Brenes,
ya acostumbrado á sus visos,
nunca le conozco menos
que cuando le saco en limpio.

Pero ya que no puedo alegar ignorancia, habiéndole hallado y conocido, y no puedo (por la inmunidad de que goza) tampoco prenderle, y colgarle en algún tapiz como al *homo perdix*, no pasaré de largo con él, sino que trataré de vejarle, breve y compendiosamente, si llego á ver las poesías que ha escrito en las referidas, y aún decantadas, cinco Academias antecedentes de Palacio.—Fácil cosa le será á Vm., me dijo entonces Rodríguez, porque yo entiendo que ha venido á este templo, no tanto por refugiarse, cuanto por leérselas á Euterpe, como lo hace y practica con otro cualquiera que pase por la calle; y sinó repare Vm. en sus acciones. Hícelo así, y luego ví que sacó unos papeles de la faltriquera, y poniéndose los anteojos, y dando una previa vuelta de vista á toda especie de circunstantes, quiso empezar á leer la décima que, con consonantes forzados, pensó haber escrito, y solo borroneado en la primera Academia; y sabiendo yo que el asunto de ella fué un soneto, y que con el marqués se dispensó para que fuese décima, dije á Rodríguez:

Advertida la Academia
con nuestro marqués obró,
porque él escribir no puede
sino con dispensación.

Díjome Rodríguez: eso es por ser el señor marqués tan cercano pariente de la poesía, y no por otra razón; y sinó oiga Vm. la referida décima en cuestión, que ya va á leerla para que todos la admiren. Puse toda mi atención en pie como grulla, y la vista en cuchillas, para llegarme por las espaldas, que ni él ni yo pudimos leer de lo escrito verso chico ni grande, no dejándome conocer si eran caracteres arábigos ó españoles los que había usado en ella, ni tampoco pudimos acabar de averiguar entrambos por dónde empezaba, ni cuál era el haz ó el embés del papel escrito y no natural, estando todo trastornado y al revés desde la cabeza á los pies, sin tener pies ni cabeza, lo que me obligó á decirle en esta copla:

en la América jamás
leer y escribir bien podréis;
id al Asia que, entre moros,
se escribe y lee al revés.